

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y hendió el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El soldado cristiano.

Son tantas las calumnias que la incredulidad moderna levanta á potencia de argumentos contra la Religion católica, que los apologistas de esta hija del cielo nos vemos precisados á tener en continuo movimiento la lengua y la pluma si hemos de poner á cubierto de tantos indignos ataques la fé de los entendimientos y la virtud de los corazones. No habiendo freno para la llamada libertad del pensamiento y de la palabra, consentida, autorizada y protegida la imprenta, la prensa y la tribuna en sus libertinas predicaciones contra la Religion, contra la Iglesia y sus instituciones, no hay obstáculo á la difusion del error y del vicio. Las reclamaciones de la Iglesia ante los poderes públicos que por la

Constitucion vigente y el Concordato, ley del reino, están obligados á proteger los intereses de la Religion y las personas de sus ministros contra las agresiones y desafueros de la impiedad, los silbidos de los pastores y las quejas de los católicos, se pierden en los aires como la voz del que clama socorro y proteccion en el fondo del desierto. Erigido á la categoria de dogma social y político el absurdo y bárbaro aforismo de que el Estado debe ser ateo, atea la ley, atea la política, ateo el gobierno de las naciones, la Religion y la moral, la fé y las costumbres, los sacramentos y el culto, el mundo sobrenatural, todo entero, queda entregado á la discusion, á la befa y al escarnio. Huérfana de todo amparo legal la Religion católica, tenemos la indeclinable obligacionn de bajar

á la arena del combate para reñir cuerpo á cuerpo con los enemigos de nuestra fé las batallas del Señor. Rudas son las lides modernas. Los enemigos se multiplican en nuestra pátria con asombrosa facilidad y crece su audacia á medida que se acrecienta su número, y cada dia inventan mil sofismas y allegan poderosos elementos para ensanchar la esfera de su actividad y estender el campo de sus conquistas. ¿Cuál es nuestro deber en presencia de tantos y tan audaces enemigos? No se trata de discutir un punto oscuro, ó problemático de la ciencia cristiana. *In iis omnis homo miles.* Todo católico es un soldado de Cristo, y en las presentes circunstancias su deber es la lucha. Trabaja, pelea como buen soldado de Cristo. Viste la armadura de Dios, la coraza de la fé, el escudo de la esperanza, la malla de la fortaleza, la espada de la palabra, y combate á diestro y á siniestro, porque el error moderno, cual leon rugiente, nos cerca para devorarnos. Tal es el grito de guerra, que lanza San Pablo, valeroso caudillo del pueblo católico, grito de ayer, de mañana y de todos los tiempos, grito de hoy que impone á todos los discípulos de la Cruz el olvidado deber de

luchar por la gloria de nuestro Dios, por los fueros de nuestra Religion, por la libertad de nuestra Madre la Iglesia, por los derechos de nuestra conciencia, y por la salvacion de nuestra alma. *Tempus faciendi.* Es el tiempo de actividad católica. Vengan los legos á defender el arca santa de nuestras creencias, y griten como los mártires cristianos: *Potius mori quam fœdari.* Antes morir que mirar profanada y deshecha el arca santa en poder de los modernos filisteos. *Nolite timere.* No hay que hacer caso de los conciliadores. Suelen venir con semblante compungido, y usando palabras tan suaves como el oleo, pero mortíferas como saetas envenenadas. Si os halagan, rechazad sus halagos; si os vituperan, despreciad sus vituperarios; si os acusan *de laicismo*; si pretenden que arrojéis las armas, que pleguéis vuestra bandera, que fraterniceis con el enemigo; si con tales intentos se colocan á fuer de amigables componedores entre vosotros y el enemigo, arrojadlos de vuestro campamento, y perseguíidlos hasta el campo contrario de donde proceden. Esta es la hora de la impiedad y la potestad de las tinieblas. El que huye, es un cobarde; el que transige con el enemigo es un traidor. Sed fieles.

hasta la muerte, y conquistareis la corona de la vida.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Monseñor Dubois, Obispo americano, refirió, predicando en Lourdes el día 13 de Marzo, el hecho siguiente:

«Un día navegaba yo por el Atlántico á bordo de un paquebot americano, cuando al subir por la escalera de la toldilla fui derribado de un golpe de mar, y lanzado con tal fuerza contra el pasamano de hierro, que me fracturé el brazo derecho quedando el hueso en su parte alta y en una longitud de tres centímetros, completamente triturado y casi pulverizado en multitud de pequeñas esquirlas. Hecha la primera cura pude concluir la travesía, si bien sufriendo horriblemente, sin que sobreviniera complicación alguna á empeorar mi estado. Inmediatamente que llegué á París me instalé en la fonda, mandé llamar al doctor Ozanam para que se encargara de mi curación.

«Después de haberme examinado detenidamente me dijo: Monseñor, el brazo quedará inútil; yo solo puedo extraer los fragmentos del hueso roto y curar la herida, pero forzosamente quedareis manco.—¡Bien! le respondí; no os asombreis por lo que voy á decir: dentro de ocho días mi curación será completa y os la anunciaré en una carta escrita por mí.

«Hay que advertir que yo había hecho una promesa á Nra. Sra. de Lourdes, y mis ruegos fueron oídos benignamente.

«Tres días después me hallaba en Lour-

des dando gracias á la Santísima Virgen por mi total curación.

«El vacío producido por la carencia del hueso se nota perfectamente en el miembro fracturado, pero mi brazo derecho es tan vigoroso como el izquierdo; prueba perenne é incontrastable de mi milagrosa curación.

— — —

Un fanático revolucionario enemigo de los curas había denunciado al de su parroquia, de imaginarios delitos y logrado que el Gobierno perseguidor suprimiese la asignación al buen sacerdote, que cuenta ya ochenta años. El tal revolucionario, hombre de mala fama y de peores costumbres, acaba de expiar sus crímenes de una manera providencial. Conoció el una entrada secreta de la bodega del cura, y después de haberle robado la vispera una carga de uvas, había ido á robarle el vino. Dios permitió que delante de la cuba, encorvado y con un cántaro en la mano, quedase muerto. Y en esta posición fué encontrado el infeliz. Este suceso ha ocurrido en Rouen, de Francia.

— — —

La gracia concedida por el Papa en favor de los españoles, extendiendo el privilegio de la Bula de Cruzada para cuando éstos viajen por el extranjero, no puede regir este año por estar la Bula de renovación y ampliación traduciéndose en el Ministerio de Estado, y su promulgación no podrá tener lugar hasta el Adviento próximo. Desde esta fecha podrán disfrutar la ampliación del privilegio los españoles que viajen fuera de España.

— — —

Una lágrima de San Vicente de Paul.

Cuenta la tradición que, sabiendo San Vicente que se preparaba una espléndida fiesta en la corte de la piadosa Ana de Austria, madre de Luis XIV, á quien aconsejaba con frecuencia, se presentó en ella, valiéndose de la libre entrada que tenía.

Pensaba el Santo, por una parte, en el dinero que la reina iba á malgastar en la fiesta, y por otra, en los niños que él iba recogiendo, y que se morirían de hambre si no encontraba almas generosas que los socorrieran.

Lleno de caridad, penetra sin vacilar en los salones sin otro adorno que su pobre sotana, su barba inculta y sus cabellos blancos, siendo objeto de las miradas de los cortesanos. Se dirige á la reina, y le dice: «Señora; os preparais para una gran fiesta, también yo debo procurar que estos pajaritos, que son los niños que he recogido, tengan la suya y no mueran de hambre en sus nidos. Mis manos están vacías, pero su miseria sea bendita por las vuestras, que nunca se han negado á socorrerlos.»

Por entonces hablábase de una reunión de elegantes damas, á las cuales se había presentado San Vicente con los niños de pecho recogidos, diciendo: «Mirad, señoras, ¿quereis que se mueran...? Responded...?» Las damas se habían desprendido de sus alhajas, y las habían puesto á los piés de aquellos que solo hablaban con lágrimas.

Ana de Austria, cuya alma era noble, comprendió la buena lección que le daba Dios por medio de su siervo, y echán-

dose una mirada, se avergonzó de su lujo, como otros se avergüenzan de su miseria; se quitó la pedrería de la frente y de los brazos, y la puso en manos del humilde Sacerdote.

«¿Qué haceis, señora! ¿Os privais en día como este de esas magníficas perlas? dijo una de las damas. El peinado está deshecho; ¿cómo arreglarlo ahora?» Ana de Austria cogió tranquilamente una linda rosa, y poniéndosela en la cabeza, exclamó: «¿Es fea esta rosa? ¿No vale tanto como las alhajas talladas por los hombres?» Luego, mirando los ojos del Santo, cargado de alhajas como un rey, añadió: «Además... ¿qué perlas tienen el brillo de una sola lágrima desprendida de los ojos de Vicente?»

El Angelus Domini en Montmartre.

En la artística parroquia de San Pedro de Montmartre, desde algunos siglos veníase dando culto al Corazón Sagrado de Jesucristo, y aquella primera simiente de devoción tan preciosa ha dado fruto inmenso de incalculable importancia.

¿Cómo prever en la alborada del esplendente día (cual dice nuestro incomparable Verdagner) los designios de la bondadosísima Providencia de Dios en convertir el *monte de los mártires* en colosal dispensario de las misericordias infinitas del Corazón Divino? Bien era dulce presagio de tanta ventura la fundación de la Compañía de Jesús en aquel sitio; pero ni la enamorada Margarita de Alacoque, ni el tiernísimo Hoyos, hijo del gran Loyola, hubieran podido idear ni desear más suntuosidad y grau-

deza para ofrecerla al dulcísimo Iman de sus amores, que el realizado con la construcción de la magnífica basílica dedicada al Sagrado Corazón, que por voto nacional de Francia se levanta, coronando magestuosa la cima de aquellas cumbres, desde donde han de caer sobre París, que á sus piés se mueve, torrentes abundantísimos de gracia.

A la luz del sol poniente, desde el atrevido andamiaje levantado para rematar la dorada gigantesca cúpula que ha de señorear las otras erguidas en los cuatro ángulos del soberbio edificio, bello, bellissimo es contemplar la ciudad, ahora en su inmensa mayoría dedicada al solo desarrollo del progreso material; como en vez del fuego asolador, que habian de vomitar contra ella setecientas bocas de cañon de gran calibre, allí apuntados por los comuneros, en justo castigo de tantas abominaciones y veledades, se reflejan mil luces vivificas de los pintados ventanales, que pregonan las misericordias de Cristo, y anuncian, cual crepúsculo, la plenitud de las vislumbres de redención divina, que ha de proyectar la sin par cúpula batida en cristal y oro finísimol

En la dominadora altura á que nos fué dado subir, por la amabilidad de un renombrado Sacerdote catalan, residente allí, desde que, dejando el púlpito en días que la voz del misionero era ahogada como siempre por las mogigaterías mestizas, la obediencia religiosa le designó ese sagrado recinto por campo de multiplicada conquista de almas; bello, bellissimo es oír el bronce de las campanas de Nuestra Señora, San Sulpicio, la

Magdalena y cien otras, convidar á la decidida falanxe católica á invocar á *la que es terrible cual escuadron formado en batalla*, y recordar á los sibaritas que *el hombre no vive de solo pan*.

Bello, bellissimo el panorama; bellas, encantadoras las ideas que se agolpan en la mente; jamás podremos olvidar la impresion del *Angelus Domini*, rezado de rodillas en el móvil grandioso maderámen, surcado de carriles y pertrechado de ingeniosísimas máquinas, dispuestas á colocar uno tras otro los miles de enormes sillares en la bóveda del vastísimo templo.

Habiamos recorrido todos los ámbitos del fastuoso santuario; leído los millares de nombres de pequeñas lápidas de mármol que decoran sus paredes recordando la piedad y el agradecimiento; visto las columnas preciosas, dádiva de particulares y corporaciones; admirado la sábia arquitectura del ábside de la inmensa cripta, que habiamos visto por la mañana, festividad del Sagrado Corazón de Jesús, con una concurrencia de tres mil personas que repelían *Corazon Santo, tú reinarás*; habiase nuestro amor pátrio complacido viendo cómo allí se levantan altares á Santa Teresa, á Santo Domingo de Guzman, á San Ignacio de Loyola, á San Isidro y á San Juan de la Cruz, y nuestro entusiasmo por las bellas artes saciándose al contemplar cómo los poetas, los músicos, los pintores, los escultores, y los oradores católicos tenian allí especialmente su testimonio de adhesión á Cristo, que han de perpetuar graníticas columnatas; habia asomado el rocío del corazon por nuestros ojos ante la hermosi-

sima imagen de Jesús en la sublime actitud de atraer á sí á todos los humanos; todo esto habíamos visto, sentido y admirado; aun para cercionarnos de la magnitud material de tan ostentosa fabrica habíamos medido los dos metros de espesor de sus muros, los cien metros de largo de una de las capillas laterales y los cincuenta de su anchura; sabíamos que los cimientos tenían treinta y seis metros de profundidad, y se nos había enterado de las incalculables sumas invertidas en la construcción, pues sin contar el trabajo de labrar y colocar los sillares, la carretada de arena se paga á 15 francos, la de cascajo á 20 y la de piedra á 30. De todo esto y mas, para enardecer nuestra ya exaltada imaginación, se nos había dado cuenta, y no había ¡ay! ni de mucho el corazón sentido lo que nos esperaba en la ya célebre capilla de los Agonizantes.

El anciano Padre oblató, que nos sirvió de guía, había ido relatándonos con la galanura de frase y claridad de concepto que le son propias, los sucesos maravillosos acaecidos bajo aquellas esbeltas arcadas, y al llegar á ese sitio de severísima tristeza, apoyado en una de las ocho robustas columnas, brillaron sus ojos y una furtiva lágrima rodó por su semblante venerable. Aquí, nos dijo con voz entrecortada, se obró un milagro estupendo, que para final de tantas impresiones, voy á referir á Vds.

Habia acompañado á un conocido escritor parisién á recorrer la Basílica, y las maravillosas obras, que han visto VV. lleva á cabo el republicano ayuntamiento de París para embellecer este

sitio con una cascada de proporciones gigantescas, presupuestadas en diez millones de francos; y al llegar á esta capilla la campana de San Pedro señalaba el *Angelus Domini* del medio día. A pesar de saber que mi compañero era todo lo descreído que darse pueda, díjete:

—Usted no tomará á mal que yo, insiguiendo mis prácticas religiosas, recé á María Santísima el *Angelus*—y quitándome el bonete, me arrodillé ante esta imagen del Señor Crucificado.

Al levantarme ví á nuestro hombre de espaldas, apoyada la cabeza en esta columna y tapada la cara con ambas manos. Me chocó; dejéle por unos momentos pensando si tal vez algun triste recuerdo le había asaltado considerando que la capilla se llama de los Agonizantes; mas al prolongarse tal actitud por algunos minutos, me acerqué y ví que lloraba.

Entonces, tocándole ligeramente la espalda, díjete:—Ea, vayamos; déjese Usted de pensamientos tristes.

Y cual fué mi asombro, vuélvese, é hincándose de rodillas prorrumpie en copiosísimo llanto y exclama: No, padre mio, no, no son ideas lúgubres, sino el remordimiento lo que me tortura. Treinta años hace que no había rezado el *Angelus Domini*, con que mi madre me acostumbrara á saludar á la Virgen, y he abandonado la lé, y no sé cómo podrá volver á ella.

—Animo, ánimo, amigo mio, contesté, tomándole cariñosamente la mano. Reunimos juntos el *Angelus Domini*, y María Santísima hará lo demás.

Rezamos el *Angelus Domini*, y el des-

creído escritor continuó de rodillas, para hacer en el mismo instante una confesión general, en que las lágrimas de ambos inundaron de alegría nuestros corazones. ¡Un *Angelus Domini* rezado en Montnarte, bastó para trocar una alma empedernida!

¡Con qué confianza no rogaríamos en aquel sitio para la conservación de la fé de España, para la conversión de tantos pecadores, para alcanzar gracias á nuestras familias, á nuestros amigos, á nosotros mismos! ¡Con qué seguridad pedimos bendiciones para nuestra empresa de propaganda católica!

Paris 24 Junio de 1887.

JOSÉ DE PALAU Y DE HUGUET.

San Vicente de Paul, ó el administrador de la Provincia.

Cuando se refiere que un pastorcillo de la aldea Ranquines, lugar aislado en las Landas, habiendo triunfado de los obstáculos que la extrema miseria oponía á su ardiente amor al estudio, llegó á ser Ecónomo del curato de Tihl; que habiendo sido hecho prisionero por unos piratas turcos, y vuelto á la libertad por su dueño, le convirtió á la Religión cristiana; si se nos dice en seguida que aquel pobre sacerdote obtuvo el título de Capellán de la reina Margarita de Valois, y que Luis XIII murió en sus brazos, parece que se acumulan á capricho los acontecimientos maravillosos de una existencia aventurera.

Pero si se añade que aquel mismo hombre se hizo aceptar como sustituto de un presidiario, y que estuvo remando dos

años en las galeras del Rey, por caridad cristiana; la historia toma entonces las proporciones del heroísmo, y se eleva hasta la dignidad del martirio.

Nunca tal vez hombre alguno ejerció en nombre de esta caridad un imperio mas poderoso, mas civilizador y moral que Vicente de Paul.

Siendo de origen humilde, se consagró á los pequeños; los sufrimientos le atraían con una fuerza invencible. Dotado de una elocuencia ardiente como el calor de su alma, sus palabras eran á la vez tiernas y sublimes. Sabido es con qué bello movimiento oratorio salvó la obra admirable que habia creado en favor de los niños expósitos; fundación á la que la indiferencia de los ricos amenazaba dejar en su nacimiento. Vicente de Paul, dirigiéndose á las señoras de la Côte y mostrándoles los niños abandonados que habia recogido y hecho traer á la capilla en donde estaban reunidas, triunfo del egoísmo y de la sequedad de los corazones.

Un dia que pedía dinero para sus huérfanos á la reina Ana de Austria, le respondió ésta que en aquél momento no lo tenia.

Vicente de Paul miró su diadema, y le dijo sonriendo:

—Sois reina, señora, y teneis diamantes.

Y Ana de Austria le dió su diadema.

El consolador de los afligidos no negaba la utilidad de las Ordenes contemplativas y penitentes, pero juzgaba que los huérfanos, los enfermos y los pobres tenían necesidad de socorros inmediatos y de cuidados asiduos, y fundó la ins-

titucion de las Hermanas de la caridad. Por celdas dió á aquellas infatigables servidoras de los necesitados las boardillas de los enfermos; por claustro el hospicio ó el hospital; la modestia por velo, y por regla la obediencia.

Desde aquel momento las lejanas Misiones y los campos de batalla tuvieron, así como los hospitales y las casas de refugio, sus asistentes y sus enfermeras.

El bienhechor de los huérfanos y de los pobres sufría no sólo con la indigencia del pueblo, sino también con su ignorancia: para combatirla creó la Orden de los hermanos institutores en favor de los habitantes del campo. Nacido entre ellos, comprendía mejor que nadie sus necesidades, y compadecía todas sus miserias.

En 1636 la Picardía se vió asolada por los horrores de la guerra: Vicente de Paul y sus compañeros se consagraron á hacer cesar los desórdenes y el pillaje, desgracias inseparables del paso y la ocupacion de un país por el ejército. Poco tiempo despues, en la Lorena, donde se ensañaba cruelmente el hambre, imploraron el auxilio del Capellan de la Reina. Su caridad, mas poderosa, se decia, que la de los príncipes y los reyes, luchó victoriosamente contra la plaga. Abundantes limosnas producidas por su irresistible elocuencia, suministraron aljamentos y remedios á los pobres de Tul, de Verdum, de Metz, de Nancy y de otras partes. Una suma de mas de cinco millones se destinó á sus necesidades, y cuando Vicente de Paul hubo agotado sus recursos, fué á arrojarle á los piés del inflexible Richelieu.

—¡Monseñor, le dijo, dadnos la paz, dad la paz á la Francia!

Si Richelieu no accedió al voto del piadoso suplicante, le prometió al menos no olvidar su ruego.

A la fundacion del hospicio de niños expósitos, siguió bien pronto la creacion del hospital de la Salpetriere para enfermos de ambos sexos.

Confesor de Ana de Austria, Capellan mayor de las galeras del Rey, Vicente de Paul debió á la gratitud pública un título mas glorioso y mas duradero: se le llamó *el administrador de la Providencia*.

Aquel hijo de labradores, á quien los Papas Benedicto XIV y Clemente XII habian de colocar sobre los altares, legó á la admiracion de las futuras generaciones el recuerdo imperecedero de su abnegacion sin límites y de su heroica caridad.

(De *La Cruz de la Victoria*.)

Coleccion

DE

Sermones, homilias y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

También se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.